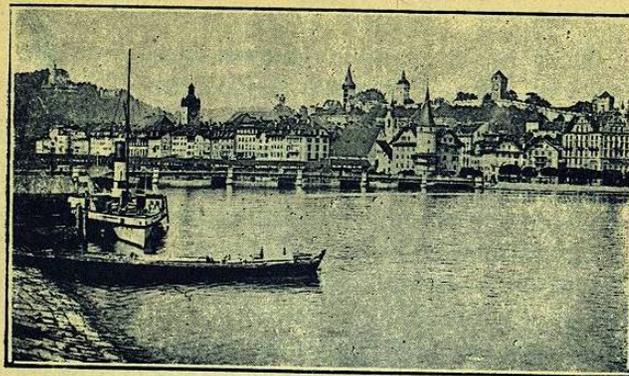


y leer los autógrafos del Emperador del Brasil, Liszt, Joachim, Rubinstein (compases de un *allegro appassionato*), Bazzini, Thomson, Gega-Zichy, Martucci; Popper, Pedrell, Toscanini, Puccini (un fragmento de *La Tosca*), Perosi, Braga, D'Annunzio, Weingartner, Franchetti, Widor y Richter (Abril de 1900).

Ignoro aún lo que escribí. Recuerdo tan sólo que di á Bossi un último apretón de manos y me lancé á la calle con el corazón aún palpitante y henchido de arte.

Decididamente, ese día tuvo el espíritu alimentado sano y reparador. . . .

Septiembre 15 de 1900.



Lucerna, Agosto 26 de 1900.

Sres. A. Wagner y Levien Sucs.

México.

**Tribtschen.—El Palacio Vendramini.
Dos moradas memorables de Ricardo Wagner.**



Lucerna, la paradisiaca Lucerna, que es uno de los países azules del ensueño, no ostentase sus galas naturales y careciese de los atractivos con que, pródigamente la dotó la naturaleza, conservaría para todos, y más para los artistas, el interés excepcional de haber dado prolongada hospitalidad al extraordinario y genial compositor Ricardo Wagner.

Suiza fué la región de Europa predilecta del gran artista; en Zürich se refugió á título de proscrip- to durante largos años (1849—1858), á raíz de la revolución de 1848, en la que tomó parte activa, y allí, puede decirse que penetró al período de actividad creadora, ya que no al de tranquilidad y satisfacción de espíritu. Este no tardó, sin embargo, en iniciarse en la agitada existencia de Wagner, y fué también en Suiza, en esta encantadora Lucerna, desde la cual escribo, á donde el maestro vino á saborear la apetecida calma y las dulzuras del hogar que no le había proporcionado su primer matrimonio. En unión de su segunda esposa Cosima Liszt, divorciada de Bülow, radicóse Wagner en Tribschen, á partir de los primeros meses de 1866. El período idílico había comenzado y no se interrumpió hasta 1872, seis años más tarde, á causa de los terribles acontecimientos producidos por la guerra franco-prusiana. Y ciertamente que no podría haber soñado Wagner en sitio más delicioso y más adecuado para exaltar su privilegiada inspiración. El amante perpétuo de la naturaleza, el músico poeta por excelencia, que logró transportar al papel los mil susurros de los bosques y pintar con sonido, alboradas y crepúsculos, y fuegos y tempestades, y ráfagas huracanadas, tenía en verdad allí cuanto podía apetecer: divina naturaleza, luces, colores por doquiera, mucho azul en los cielos, mucho azul en los lagos, verduras

y flores, inmensas cimas, sombreados bosquecillos poblados de canoras aves; en suma, todos los matices para el deleite de la visión, todos los sonidos para encanto del oído, gran tranquilidad y gran esparcimiento para el alma, y, á mayor abundamiento, el amor de una mujer superior, llena de fe y admiración por el artista.

Tribschen es uno de los alrededores más poéticos de Lucerna. Siguiendo á la derecha de las márgenes del lago una vereda relativamente corta y tan cómoda y limpia como son todas las de Suiza, se llega á poco andar al extremo de la parte poblada, cuyo lindero marca justamente la casa habitada por Wagner veintiocho años hace. Penétrase á un pequeño y sombreado jardín—quebrantando la prohibición que reza en la verja—y en seguida á la habitación edificada en una lengua de tierra solitaria que avanza sobre el histórico lago de los Cuatro Cantones. La casa pertenece á un acomodado propietario de Lucerna, quien, á lo que parece, y según me fué referido, conserva piadosamente el mobiliario usado por Wagner, á cambio de una franca explotación de una memoria tan respetada, pues la renta de 2,000 francos que cobra á los actuales inquilinos—unos ricos nobles italianos—supera evidentemente al legítimo valor del alquiler.

Asciéndese una pequeña escalinata que conduce al piso bajo, y después de transpasar una puerta abundantemente ornada con verdes tre-

padoras, se penetra á las habitaciones amuebladas sin pretensión, con sencillez suma y casi con la rusticidad peculiar de una casa veraniega. En el piso á que vengo refiriéndome, el corredor y alojamiento de la servidumbre; en el superior, al que se asciende por una escalera de madera, el salón y un coqueto gabinete que era el de trabajo del maestro. Pocos adornos y escasísima elegancia: algunos muebles, un diván, unas cuantas sillas, una mesa, dos libreros y varios cuadros en los muros que atestiguan, como el mobiliario, el influjo de los años transcurridos.

Soberbia vista la que se disfruta desde el balcón principal: sin fijar la atención en el jardín que circunda la terraza, creeríase uno transportado á la proa de un navío que surcáse el lago de los Cuatro Cantones. A la izquierda, la ciudad blandamente reclinada á la orilla de las azules ondas; al frente la soberbia cadena de los Alpes, en la que descuella el admirable Righi; á la izquierda, los estrechos que forman la cruz del lago, y de la cual se desprenden los cuatro brazos de Lucerna, Kussnacht, Alpnach y Weggis.

Omisión hecha de lo mencionado, ningún recuerdo del gran maestro, pero sí un homenaje á su memoria, rendido, ignoro si por esa Suiza á la que tanto prefirió, ó por el actual propietario de la deliciosa mansión; sobre la puerta que da acceso al piso bajo y frente por frente de aquel lago soñador, una gran lápida conmemorativa

que ostenta la siguiente inscripción, grabada en 1897 por Luis Wethli, de Zürich:

«En esta casa habitó Ricardo Wagner desde Abril de 1866 á Abril de 1872.

Aquí escribió: *Die Meistersinger, Siegfried, Götterdämmerung, Beethoven, Kaisermarsch, Siegfried-Idyll.*»

Y efectivamente, la actividad creadora de Wagner, que desde Zürich se había acusado vigorosamente, acentuóse aquí de manera extraordinaria, concordando con el período que reputó como el más feliz de su existencia. El biógrafo Chamberlain refiere que, según testimonio fidedigno, Wagner trabajaba diariamente, y sin interrupción, desde las ocho de la mañana hasta las cinco de la tarde.

Como la indica la inscripción transcrita, el ilustre compositor escribió en Tribschen gran parte de *Los Maestros Cantores*, y ahí terminó la partitura, lo mismo que la de *Siegfried*, y casi toda la colosal de *El Crepúsculo de los Dioses*. Como escritor produjo también sus magníficos estudios sobre la *Dirección*, la *Opera* y *Beethoven*, la mejor apología que se ha dado á luz sobre el inmortal sinfonista, sin contar la revisión de varias obras anteriores ó preparación de nuevas ediciones y la publicación de los primeros volúmenes de sus *Escritos* y *Poemas*. Celebrando también un acontecimiento memorable, el nacimiento de su hijo Siegfried, compuso Wagner el

poético *Idilio de Siegfried*, del cual ha dicho un escritor: «Qué pinta por sí sólo el estado de ánimo del compositor.»

Es, pues, de recuerdos interesantes la rústica y solitaria casita de Tribschen, que fué el nido de amor de Ricardo Wagner, y en la cual su inspiración privilegiada se ensanchó hasta el apogeo.

Muy distinto recuerdo evoca el Palacio Vendramini, de Venecia, que me apresuré á visitar durante mi corta permanencia en la histórica ciudad ducal. Ahí exhaló el maestro su postrer aliento el 13 de Febrero de 1883....! ¡Y cuán distinta también la impresión que se experimenta al penetrar en esa señorial mansión, rica, fastuosa, monumental, desbordante de severo lujo y de arte, albergue de un verdadero museo de pintura y antigüedades, mármoles y bronce, desde el soberbio vestíbulo hasta los innumerables salones de los pisos superiores; pero triste, melancólica, fría y silenciosa como un inmenso mausoleo....!

Durante los últimos años de su vida, Wagner acostumbró trasladarse á Venecia durante el invierno, y fué en el de 1883 cuando la muerte le sorprendió, no á bordo de una de aquellas lúgubres góndolas venecianas—según corre generalmente la versión—sino en su propia alcoba, en el entresuelo que habitaba en el Palacio Vendramini. Así me fué asegurado por el conserje del referido Palacio, quien tuvo la deferencia de mos-

trarme el departamento, actualmente polvoso y poco menos que abandonado. Hago gracia al lector de una descripción que carecería de interés y paso á enumerar las obras de arte que más me impresionaron al recorrer los salones del piso superior, que era muy frecuentado por Wagner. En los principales salones figura lo siguiente:

Il trionfo di Roma del Ticiano.—Retratos del primer propietario del palacio, el Conde Vendramini y el Dux.—Un friso magnífico del pintor Palma.—Retratos de Luis XII, Enrique IV y Luis XIV.—En los marcos del mismo salón, espléndidos tapices de cuero.

En un salón de estilo Renacimiento: Retratos de Francisco I, Fernando II, su esposa María Cristina, Luis XVI y Luis XV.

Tapices de cuero de Córdoba del siglo XV y una chimenea del siglo XVI.

En el inmediato salón: Dos cuadros de Rivera, de Bassano, un retrato del Conde á la edad de 20 años, en la que, por excepción única, fué nombrado Senador.

Próximo salón: Soberbias pinturas de Guido Reni y de Rubens: *Santa María Magdalena*, del primero, y *La Adoración de la Serpiente de Bronce*, del segundo.—Dos jarrones de Sèvres con magníficos retratos de Fernando II y María Luisa de Austria.—Tres bronce de María Antonieta.

Una hermosísima *Madonna* de Andrea del Sarto.—Retrato del Duque de la Gracia (actual propietario del palacio).

En la capilla: *Virgen* de Carlini (contemporáneo), mística y dulcísima. En la misma capilla conservan á título de curiosidad, las balas y fragmentos de granada que, en 1848, alcanzaban y aún traspasaban el inmediato puente del Rialto.

Lamento carecer de competencia para juzgar acerca de las obras de Arte mencionadas y otras, como estatuas y broncees japoneses, que ornan la escalera principal y el vestíbulo; pero por las que he señalado se tendrá una idea aproximada de la riqueza y magnificencia que descuellan en aquel antiguo palacio.

Cuando recorría sus hermosos salones, que son cual testimonio de una pasada grandeza, meditaba en los raros designios de ese oscuro destino que á veces acierta en preparar el escenario conveniente para las solemnes y decisivas situaciones de la vida. . . . Habría sido muy cruel ese destino al cortar la vida del grande hombre en la idílica quinta de Tribschen, en medio de aquella lujuriosa naturaleza, entre los éxtasis de felicidad y en pleno período creador. . . . Algo instintivo parece que guió á Wagner hacia el grandioso y severo palacio, mudo y digno testigo de las últimas palpitations de aquel corazón tan bueno, tan noble y generoso! . . .

No era esa la «mansión de la paz» elegida por Wagner; pero podía haberlo sido. Una asociación de ideas, justificada por la intención de este artículo, trae á mi memoria el recuerdo de dos hombres, quienes, en las gradas del palacio el uno y el otro á la puerta de la casita de Tribschen, depositaron su óbolo de gratitud y amor por el sublime artista.

El primero fué el humilde gondolero de Wagner; el segundo el filósofo Nietzsche, antes panegirista de Wagner y después su enemigo irreconciliable.

La noche misma en que acaeció la muerte del compositor, el humilde gondolero daba rienda suelta á su llanto en las húmedas gradas del Palacio. . . .

Algunos años después Nietzsche, el profundo pensador, en vísperas de perder por completo la razón, contemplaba meditabundo la casita de Tribschen, y dejaba correr por sus mejillas las lágrimas del amor y quizás también del arrepentimiento. . . .

Hombres de opuestas condiciones, pero nivelados por la identidad de un sentimiento!

Octubre 1º de 1900.

